

—¡Wilna!

Pero de los dos, uno solo corrió hácia aquella mujer: era el pintor, que viéndola próxima á desmayarse, la sostuvo entre sus brazos.

El otro se dejó caer de rodillas y murmuró con voz baja y confundida:

—¡Perdón!

—¡Soy tan dichoso hoy, que no puedo persistir en la idea de matar á V., Marqués! respondió Luciano; Wilna vive... y yo bendigo la mano de Dios que me la devuelve y conserva la mía limpia de toda culpa!

Chatereau se inclinó estrechando la mano de Luciano, y tomó silenciosamente una de las calles que conducían al palacio.

Carolina tomo también en silencio el camino del cercado y volvió á la casa conyugal.

Iba pálida, y se hallaba tan débil, que apenas podía dar un paso; pero iba curada de la fiebre que durante algunas horas había devorado su corazón.

Los dos esposos quedaron abrazados bajo la sombra protectora del gran tilo.

¿Qué se dirían?

No pretendamos descifrar esos enigmas del corazón, que sólo es dado penetrar á la mirada augusta de Dios: dos horas después, aun permanecían sentados bajo el árbol, con las manos enlazadas y los ojos brillantes de felicidad.

### CAPÍTULO XIII

#### El despertar.

Carolina llegó á su casa y entró en el cuarto de su marido.

Aun dormía Bernardo: la joven esperó pacientemente á que se despertara, contemplando su noble fisonomía.

Aquellos grandes ojos cerrados, aquella elevada y espaciosa frente, respiraban una paz profunda, si bien llevaban el sello de un terrible padecimiento moral.

Carolina le contemplaba con una especie de conmiseración profunda y de tierna gratitud: se sentía dichosa al pensar en que tenía el poder de hacer feliz á su marido, y el deber de conseguirlo.

Durante el tiempo que permaneció allí, Carolina repasó en su memoria todos los beneficios, todas las pruebas de amor que debía á Bernardo, y á las cuales había siempre correspondido con la ingratitud y la indiferencia.

Comparó su amor, tan noble, tan generoso,

tan fuerte, tan sufrido, por decirlo así, con las osadas galanterías del Conde; y al acordarse de su cita en el jardín, á la que había ella acudido pálida, temblorosa y llena de remordimientos, y en la que él la había abandonado por acudir á la voz de su prima, el rubor subía á la frente de la joven, y se preguntaba si no era mucho más digno para ella ser la esposa del honrado Bernardo que la dama del altivo y orgulloso Conde de Montilla.

Ocupada estaba en estas reflexiones, cuando abrió los ojos Bernardo: casi al mismo tiempo se abrieron también sus labios, dejando escapar el nombre de Carolina; y aun entre las nieblas de su sueño quiso arrojarle de su lecho para correr junto al de su esposa.

Una mano suave le detuvo: volvióse y vió á su querida enferma al lado suyo.

—¡Tú aquí! exclamó, después de pasar la mano por sus ojos para convencerse de que no soñaba.

—Sí, yo soy, respondió Carolina: me hallaba mejor, y he querido que me encontraras junto á tí al despertar: desde hoy, Bernardo mío, viviremos más unidos, porque la casada joven que se aparta por su voluntad de la intimidad con su marido, la que deja la dulce confianza del matrimonio por un romántico apartamiento, es como la débil caña que crece á orillas del lago, sola y sin apoyo: los vientos la agitan en todas direcciones, se doblega á sus caprichos y acaba por ser destrozada por su furia.

Mientras que así hablaba Carolina, brillaban sus ojos como dos estrellas, y sus mejillas se hallaban cubiertas de un vivo sonrosado; pero ya no era el de la fiebre, sino el producido por el entusiasmo generoso de la virtud: cuando tenemos la conciencia de nuestro deber, todos los males del cuerpo se purifican en el crisol del sacrificio y de la propia dignidad.

Bernardo escuchó por algunos instantes, como arrobado, á su mujer; pero luego una densa sombra vistió su noble frente; contrajéronse sus cejas y preguntó:

—¡Qué! ¿te habrá insultado con una declaración atrevida alguno de esos señores? ¿acaso ese joven que se adelantó contigo esta mañana?...

—No, respondió Carolina, alzando los ojos al cielo como para pedirle perdón de aquella prudente mentira: nadie se ha atrevido á tu esposa, Bernardo: ¿no crees valer bastante para que ella te ame, para que salgas victorioso de las comparaciones que estos días haya podido hacer su vanidad?

—Carolina, repuso el joven gravemente; yo sé que no puedo competir en galantería ni en elegancia con todos esos jóvenes y hermosos señores que sin duda admiran tus gracias: mi educación ha sido honrada, cristiana y laboriosa, pero ruda: nada sé, más que amarte y trabajar: ellos saben decir palabras dulces que yo no he oído jamás; pero créeme: el amante más rendido

y más consecuente no vale tanto como un marido honrado: es un lazo que Dios forma y que Dios conserva; es la protección legítima, santa, que la Iglesia ordena y santifica; en tanto que el amor que esos señores ofrecen es el oprobio, la vergüenza, y degenera en el desprecio para la que lo inspiró.

Carolina bajó los ojos confundida; pero la puerta que se abrió le evitó responder; volvió la cabeza, y vió en el umbral la venerable figura de la madre de su esposo.

La señora Damiana no se atrevía á entrar: era tanto lo que la sobrecogía la superioridad de Carolina y su desdeñoso gesto; era tanto lo que respetaba el amor ciego, exclusivo, que su hijo le profesaba, que hubiera dado un mes de vida por no haber llegado á interrumpirlos.

Empero, en aquella ocasión, fué Carolina quien se adelantó hacia ella.

—He venido, hija mía, á decirte, balbuceó la anciana, que tienes aquí una carta, así, de convite, para ir hoy á comer con los señores del palacio.

—Gracias, madre mía, gracias, respondió la joven tomando la esquila: irémos allá Bernardo y yo.

—¡Cómo! exclamó éste atónito; ¡si á mí no me convidan!...

—En ese caso, no irémos ninguno de los dos: á donde no se cuenta con mi esposo, no debo yo asistir.

Y echando los brazos al cuello de la buena anciana, que la miraba atónita, añadió:

—Desde hoy, madre mía, vivirémos en familia; te ayudaré, y también á la tía Bautista, á todas las haciendas de la casa; sólo saldré con Bernardo, y procuraré merecer que me perdonéis todo lo que os he hecho sufrir.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que oigo? exclamó la anciana, cuyas mejillas se bañaron súbitamente de lágrimas: ¿será verdad lo que dices, hija mía? ¿me llamarás siempre tu madre? ¿nos amarás un poco á tu padre y á mí? ¿estarás contenta siempre con Bernardo?

—Siempre, siempre: ¿no es él el mejor de los hombres?

—¿Comerás con nosotros?

—Todos los días.

—¿Pasarás la velada con nosotros?

—Sin falta ninguna.

—¡Ah! ¡Casiano! ¡Casiano! exclamó la señora Damiana corriendo hácia la puerta: ¡vén, vén; mira lo que dice Carolina, nuestra hija, nuestra Carolina!

—¿Qué ocurre, mujer? preguntó el padre de Bernardo apareciendo en la puerta.

—¡Que Carolina nos quiere ya, que comerá á nuestra mesa, que vivirá á nuestro lado!

—Dios se lo premiará en el cielo, porque nos hará muy felices, dijo el anciano con grave y dulce acento.

—¡Ah padre mío! exclamó la joven abrazándole á su vez: tú que eres tan bueno, ruega al cielo que no me castigue por haber sido durante tanto tiempo bastante ingrata para desconocer á vosotros tres, que me queréis tanto!

## CAPÍTULO XIV

### Felicidad.

La comida preparada en el palacio para que diera principio á las cuatro de la tarde, y como de despedida, era magnífica; el Conde de Montilla, en cumplimiento de los deseos de su prima Lucrecia, había persuadido á su tía, y á todos los convidados, de que debían salir para Madrid al día siguiente.

Lucrecia, con su aire de reina, con su magnífica belleza, con su alta cuna, y sobre todo con su opulenta dote, ejercía en el ánimo de su primo una influencia irresistible: los devaneos de Francisco eran sólo ilusiones de sus sentidos: su corazón y su cabeza se hallaban acordes para no desperdiciar tan rico enlace y en el que tan halagada se veía su vanidad.

Eu aquella comida había además otro oculto fin: el de satisfacer el celoso despecho de Lucrecia y su venganza sobre Carolina: por lo tanto, se había invitado á aquella comida á los esposos Villena y á sus hijos; pero sólo Hortensia debía